



Saranghae,
Oppa

OLGA SALAR

Anthea estaba contenta con su vida. Puede que no estuviera feliz como para lanzar cohetes, pero no tenía ninguna duda de que estaba bien con lo que tenía. Hasta que esa persona que terminó con sus sueños de felicidad irrumpió de nuevo en su mundo poniéndolo patas arriba, tal y como había hecho cuatro años atrás. Empujándola a dejar su zona de confort y a crearse un nuevo camino, que la llevaría más allá de lo que jamás había soñado.

Solamente pasaba diez minutos con el amor de su vida, y miles de horas pensando en él.

Paulo Coelho.

Nota de la autora

En primer lugar, permite que te agradezca el que tengas este libro entre tus manos, y en segundo lugar deja que exprese mi deseo de que lo disfrutes.

El motivo por el que estoy escribiendo esta nota es para hacerte saber varios puntos que me gustaría resaltar, dado que la historia se desarrolla en Corea donde, como país asiático, cuentan con diversas particularidades que he tratado de plasmar en la historia.

El primero que como lector vas a notar es el nombre de los protagonistas, ya que los nombres coreanos, a diferencia de lo que sucede con los occidentales, se componen de un apellido, que siempre va en primer lugar, y de dos nombres, que suelen unirse conformando uno más largo. Otro punto para destacar respecto a los apellidos es que hay muy pocos en realidad, por lo que es muy común que se repitan sin que los que lo porten tengan ningún tipo de relación familiar. Por ello, la gente no suele asociar un apellido a una persona o familia concreta (lo entenderéis cuando leáis la novela).

Del mismo modo, la lengua coreana es una lengua con honoríficos, lo que no deja de ser un reflejo de su sociedad meticulosamente jerarquizada. El modo en que se hablan y se relacionan entre ellos es bastante rígido, y va asociado a la edad, al estatus, a la jerarquía laboral... De ahí el uso de *usted* ante algunos personajes. Un aspecto de la cultura coreana que he omitido por mera comodidad es el constante uso del *bow* o reverencias, así como de la costumbre de quitarse los zapatos después de entrar en una casa (este último aparece en algún momento). Me ha parecido que no incluirlo agilizaría la historia y por tanto la lectura.

De igual modo quería destacar que las muestras de afecto en público están mal vistas, igual que el contacto fí-

sico, por no hablar de la homosexualidad, que es un auténtico tabú. Como no deseaba plasmar esa rigidez, hice que mi protagonista femenina fuera medio coreana e inglesa, lo que explica que sea mucho más cálida que sus compatriotas. El hecho de que, además, estudiara en Europa y EE.UU. la hace si cabe más comprensiva con algunos temas que en su país, como he dicho, son un tabú.

Otro de los puntos importantes es la mención/aparición del tema de las citas a ciegas organizadas por familiares con el fin de casar a sus parientes. Sé que en Europa y en pleno siglo XXI puede parecer una locura arcaica, pero es una práctica habitual en el país en el que se desarrolla la novela, por lo que aclaro que no forma parte de ningún inventario particular, sino que es, como digo, una práctica normal.

Aun así, es posible que sin ser consciente me haya tomado alguna licencia en algún punto, por lo que pido disculpas a los puristas, y les recuerdo que esta novela es pura ficción, que solo tiene el fin de entretener y divertir, sin el propósito de servir de tratado de una sociedad que solo conozco a través de las series (conocidas como K Dramas) y de las películas que proceden de allí y a las que soy una gran aficionada.

Si tú, lector, también eres seguidor de dichas series, te encontrarás con guiños colocados específicamente para que te arranquen unas cuantas sonrisas; si no lo eres, te animo a que pruebes la experiencia, ya que te prometo que te estás perdiendo un gran género.

Sea como sea, espero que disfrutes de la novela que estás a punto de comenzar, y que cuando la termines te sientas un poco más feliz.

Annyeong, chingus¹¹.

El rítmico taconeo alertó a los empleados más madrugadores del departamento de *marketing* de Ast Cosmetics, la empresa cosmética surcoreana más internacional, de que la directora de este estaba entrando en ese instante en la oficina.

La atractiva castaña de ojos grises cruzó el pasillo al mismo ritmo que de costumbre. No lo alteró ni siquiera cuando Somin, la *key account manager*^[2] de la plantilla, la interceptó para comentarle el pequeño problema de logística con una de las grandes distribuidoras de sus productos en Europa, que iba a retrasar la promoción de una de las últimas novedades de la firma.

Con su sonrisa habitual, escuchó a Somin entre tanto ambas caminaban juntas de camino a la oficina de la primera. Se detuvo cuando llegaron a la puerta, y tras darle las indicaciones correspondientes a su subordinada, se paró frente a la mesa de su secretaria, quien no había apartado la mirada de la pantalla de su ordenador a pesar de haberlas escuchado hablar.

—Buenos días, Margot —saludó, al tanto de que el lunes empezaba mal para su asistente.

La aludida levantó la mirada y asintió con la cabeza, reacia a hablar.

Anthea Park suspiró sonoramente antes de ordenarle a su secretaria que la siguiera a su despacho.

—¿Debo suponer que me necesitas para algo? —respondió Margot, renuente a obedecer sin ponérselo difícil.

—Debes suponer que quiero que vengas —inquirió Anthea, cada vez más preocupada por la actitud de su eficiente secretaria.

Sin más, cubrió los escasos metros que la separaban de su despacho y abrió la puerta entrando en la magnífica oficina con exclusivas vistas a la ciudad de Seúl.

Margot la siguió parándose frente a ella cuando la vio tomar asiento tras su escritorio.

—¿Dónde está el café? —comentó la directora del departamento mirando su mesa vacía.

Su asistente le lanzó una mirada fulminante que hizo que tuviera que morderse los rosados labios para no soltar una carcajada.

—En seguida estará listo, jefa —musitó con sorna, saliendo del despacho a grandes zancadas.

Aprovechando que se quedó sola, Anthea se dispuso a revisar el horario para el día que Margot había dejado sobre su mesa. Lunes, pensó, y de vuelta a la rutina. A los largos días de trabajo y a las cortas noches de descanso.

Cinco minutos más tarde, su asistente regresó con dos tazas que dejó sobre la mesa antes de tomar asiento frente a ella.

—¿Ya te encuentras mejor? —preguntó con una sonrisa.

Sabía que la tarea de moler los granos de café y de preparar la cafetera calmaba el humor de su asistente. Y lo sabía porque ella misma se lo dijo cuando en el departamento se plantearon la posibilidad de cambiar la vieja cafetera italiana por una nueva de cápsulas.

Margot asintió dándole un sorbo a su propia taza.

—Entonces, cuéntame qué ha pasado para que mi perfecta secretaria esté de tan mal humor un lunes.

—Es por Woo Sung. Hemos tenido... un desencuentro este fin de semana.

—¿De veras? Jamás me lo hubiera imaginado —se burló sin disimulo.

—No seas irónica, Thea. No es tan malo como crees.

—Si tú lo dices, tendré que creerte.

—Te he dicho que no...

—¡Lo sé! Lo siento. Sigue, por favor —pidió, al tanto de que no era buena idea exponer tan abiertamente el rechazo que sentía por el marido de su amiga.

—Sigue retrasando lo de tener niños. Así que nos hemos pasado el fin de semana sin hablarnos.

Anthea miró a su amiga y estiró la mano para reconfortarla, posándola sobre la suya, que estaba apoyada sobre la mesa sin soltar la taza de café.

—¿Cuál es su excusa esta vez?

—El trabajo.

La expresión de perplejidad de la castaña hizo que Margot respondiera sin necesidad de preguntas.

—Cree que si me tomo una baja por maternidad, después no voy a poder regresar a mi puesto.

—¡Eso es absurdo!

—¿Lo es?

—Por supuesto. Yo jamás permitiría que eso sucediera. ¿Acaso no me conoces?

Margot se sonrojó avergonzada. Lee Woo Sung, su querido esposo, había sido tan insistente con el tema que incluso la había hecho dudar de su propia amiga. Y es que Anthea no era solo una jefa considerada, sino que, además, en los cuatro años que llevaban trabajando juntas, se había convertido en una muy buena amiga. Eran las dos únicas occidentales del departamento de *marketing* de la empresa, e inevitablemente habían congeniado. Aunque Anthea solo lo fuera a medias, ya que era hija de padre coreano y madre inglesa. Se había marchado de Corea siendo una adolescente para cursar el bachillerato en Inglaterra, de donde procedía su madre, y después había cursado la carrera universitaria en EE. UU., lo que la convertía en una occidental al noventa por ciento. Quizá por todo ello su carácter era menos rígido y más accesible que el del resto de sus compañeros.

—¡Lo siento!

—No tienes que hacerlo tú, sino Woo Sung.

—¿Woo Sung?

—Estoy segura de que fue él quien te metió toda esa mierda en la cabeza.

Margot por inercia estuvo a punto de tratar de disculparle. Estaba tan acostumbrada a hacerlo que ya lo hacía sin estar al tanto de ello.

—No es tan malo —dijo por fin.

Anthea se mordió el labio para evitar hablar más de la cuenta. Era evidente que a Margot le dolía cuando ella no podía controlarse y atacaba a Lee Woo Sung, por muy cierto que fuera lo que decía de él.

—¿Qué vas a hacer con el tema de la descendencia?

Margot se encogió de hombros.

—Esperar. Aunque no puedo hacerlo mucho más, porque voy a cumplir treinta y uno y mis suegros no hacen más que presionarme, porque quieren nietos y me hago mayor.

La castaña bufó molesta, ya que ella solo tenía dos años menos.

—Tú también deberías planteártelo —dijo Margot más tranquila después de haber compartido sus desvelos.

—¡Estás loca! Para eso se necesita una pareja y yo no tengo ni ganas ni tiempo para buscarla.

—De eso mismo estoy hablando. Eres una adicta al trabajo y no te haces más joven. ¡Búscate un novio!

—¡No, gracias!

—Thea, los años pasan para adelante no para atrás.

—¡Dios! Pareces mi abuela.

Margot se imaginó que hablaba de la madre de su padre, quien, como buena coreana, debía de estar preocupada porque su nieta todavía siguiera soltera a su edad. Lo extraño era que no le hubiera preparado citas a ciegas para conseguirle un esposo.

—Ahora mismo no entra en mis planes —zanjó. Una cosa era que tuvieran la confianza para hablar de Margot y de sus problemas con su marido, y otra muy distinta era que Anthea estuviera dispuesta a tocar ciertos temas tabú de un modo tan directo.

—Todos los hombres no son iguales.

—No, no lo son, hay altos, bajos, guapos, feos... Pero por dentro todos son parecidos.

—Thea, no seas así. Podrías comenzar aceptando una de las muchas invitaciones a cenar que recibes del director del departamento de diseño.

—¿De Song Min Ki? Sus invitaciones son a nivel profesional.

—¿De veras? ¿Y por qué nunca las aceptas y siempre te excusas?

La aludida miró el reloj de su muñeca antes de cambiar de tema descaradamente, eludiendo una respuesta.

—¿Se supone que es hoy cuando se incorpora el nuevo *manager* de *marketing* digital?

—Así es. Si no ha habido ningún contratiempo, debe de estar ahora mismo en el departamento de recursos humanos consiguiendo sus acreditaciones.

—Muy bien. Pues acompáñalo a mi oficina cuando se presente, por favor.

—Por supuesto. Su despacho ya está listo desde hace unos días.

La directora asintió esbozando una sonrisa.

—¿Sabemos algo de él?

Margot negó.

—La contratación vino directamente desde dirección. ¿Crees que será algún enchufado?

Anthea suspiró molesta.

—Seguramente. No es muy lógico que nadie venga tan recomendado.

—¡Maravilloso! Si es un incompetente, eso solo va a suponer más trabajo para ti y, por ende, para mí.

—¡Lo sé! Pero yo tampoco puedo hablar, ya que fue mi abuelo quien me presentó al presidente Moon.

Margot bufó molesta.

—Puede que tu abuelo te abriera la puerta, pero tú te ganaste el puesto. Empezaste desde abajo, nadie te regaló nada.

—¡Gracias por esa fe que tienes en mí!

—No se trata de fe, es la verdad. No te olvides de que estuve allí desde el principio.

La castaña esbozó una sonrisa y se permitió unos minutos de autocompasión cuando se quedó sola en su despacho.

Su secretaria tenía razón en que había comenzado desde abajo. Ni siquiera había entrado directamente a las oficinas de Seúl, sino que había comenzado en la sucursal de Daegu, dejando en la capital a su familia y a su hermano, la persona a la que más había echado de menos mientras estudiaban. Y es que, aunque ambos estaban en universidades de la *Ivy League*, a tan solo dos horas de distancia el uno del otro: Gabe había escogido Brown en tanto que Anthea se decantó por Yale; las clases, y las actividades extraescolares hacían complicado que se vieran más allá del inmovible domingo en que cenaban juntos, pasara lo que pasara.

De no haber sido por Kim Mi Rae, Thea se hubiera sentido completamente sola. Apartó el pensamiento con la misma rapidez con la que había aparecido, molesta consigo misma por evocarlo, y retomó sus recuerdos sobre sus inicios en Ast Cosmetics.

Su primer día de trabajo y Daegu quedaban tan lejos en esos momentos, y aun así habían supuesto lo que tanto buscaba, la independencia de su familia y el reconocimiento a sus esfuerzos. Al entrar en la empresa, se había limitado a gestionar los contenidos de la página web oficial de la compañía, y entonces ni siquiera era la encargada principal de dicho proyecto.

Acababa de licenciarse, y el cambio entre EE. UU. y Corea había sido tan radical que le había costado adaptarse. De no haber sido por Margot, las cosas hubiesen resultado más complicadas. No obstante, la había conocido, una chica dos años mayor que ella que lo había dejado todo en Nueva Orleans por amor. Con su corazón todavía roto, la

conexión había sido inmediata y gracias a ella se había podido adaptar de nuevo al país. De algún modo, Margot pegó los pedazos que su amistad rota con Kim Mi Rae había dejado, convirtiéndose en alguien importante.

El compañerismo y el trabajo duro las habían llevado a ambas a Seúl, y a un cargo que se adaptaba perfectamente a sus conocimientos y a sus esfuerzos, porque cuando le ofrecieron el puesto de directora del departamento de *marketing* no dudó un segundo en llevarse a Margot consigo. Después de todo, ambas habían perdido el sueño juntas.

Habían pasado cuatro años desde que se ganó el puesto y, al menos en el terreno sentimental, todo seguía como lo estaba cuatro años antes. La bellísima Anthea Park, educada, hermosa y procedente de una importante familia, seguía sola.

Capítulo 2

El teléfono sonó en la mesa de Anthea y esta apartó la mirada de los documentos que estaba leyendo para atenderlo. La luz roja parpadeante anunciaba que era Margot quien la llamaba desde su mesa, por lo que lo descolgó al tiempo que volvía a dedicar su atención a los papeles que todavía sostenía en sus manos.

—Dime —pidió sin apartar la mirada de los informes.

—El CEO Moon va hacia tu oficina. Acaba de llamarme su secretaria, por lo que todavía tienes unos minutos antes de que llegue. ¿Necesitas que te ayude con algo?

—Todo está bien. Gracias. Por cierto, no sabía que eras tan amiga de Choi Ah Ra.

—Es bastante agradable. Además, el que me avisara es solidaridad entre secretarias.

—¿Te ha dicho a qué viene? Podría haberme llamado —preguntó, sabiendo que su jefe debía tomar el ascensor y bajar tres plantas desde la séptima en que estaba su despacho hasta la cuarta en la que se encontraba el departamento de *marketing*.

—Al parecer, el CEO Moon es quien te presentará personalmente al nuevo *manager* de *marketing* digital.

—Creo que es la primera vez —musitó sorprendida de que el CEO Moon se tomara tantas molestias.

—Ya vienen —susurró la secretaria nerviosa—. Los escucho por el pasillo.

—¡Está bien! Cuelga.

Anthea sonrió ante la actitud de Margot. ¿De qué se preocupaba? El presidente Moon era una persona encantadora. A sus setenta años en lugar de retirarse y dejar que su

hijo o su nieto se encargaran de la compañía, todavía seguía al pie del cañón, tomando la mayoría de las decisiones importantes. Si bien su hijo era el vicepresidente y la imagen principal de la empresa, ya que era él quien viajaba y asistía a la mayoría de los eventos en los que se requería su presencia, era el CEO Moon quien tomaba las decisiones finales a la espera de que su apreciado nieto regresara de Europa, o de donde fuera que estuviera dándose la buena vida, y tomara su puesto en la compañía.

Sabedora de que no podía criticarlo, ya que ella misma se había negado a trabajar en la empresa de su familia, trató de componer su mejor sonrisa entre tanto escuchaba que llamaban a la puerta de su despacho.

—Adelante —invitó fingiendo no saber de quién se trataba.

La puerta se abrió y su sonriente jefe apareció tras ella.

—Querida —la saludó mientras Anthea se levantaba para acercarse a él—, permite que te presente a alguien —dijo, tomándola de las manos cuando se detuvo frente a él.

—Por supuesto, presidente Moon.

El hombre esbozó una sonrisa y miró hacia fuera a través de la puerta abierta. Su acompañante parecía haberse entretenido hablando con Margot, porque la directora escuchó la risa de su secretaria y el murmullo de una voz masculina.

«Al menos es simpático», se dijo.

—Junseo, hijo —llamó su jefe—, no es educado hacer esperar a las damas.

Con la sola mención del nombre Junseo, sintió que el vello se le erizaba y una punzada de malestar se instalaba en su estómago. A pesar de ello, mantuvo la sonrisa cordial al tiempo que escuchaba al aludido disculparse con Margot antes de cruzar el umbral y entrar en el despacho de la directora del departamento.

Esta no se dio cuenta de que había contenido el aliento hasta que lo expulsó en el preciso instante en el que el

nuevo empleado se plantó frente a ella. Sonriente y mucho más cómodo de lo que ella se sentía.

De hecho, se quedó plantada frente a sus visitantes, sin poder apartar la mirada del recién llegado, con el corazón acelerado en su pecho y la garganta seca. Sorprendida y horrorizada a partes iguales, tuvo que alzar la cabeza para poder mirarlo a los ojos, ya que su nuevo compañero era unos diez centímetros más alto que ella.

—Anthea, te presento a nuestro nuevo *manager* digital —lo presentó el director general sin darse cuenta del desconcierto de la chica—. Junseo es mi nieto. Aun así, no quiero que le des ningún trato especial.

—Por supuesto. Un placer —contestó extendiendo la mano al modo occidental para saludarlo. De haber tenido alguna otra oportunidad, bajo ningún concepto habría accedido libremente a tocarlo, pero el presidente Moon no se perdía detalle de cada interacción de la pareja, y ella no estaba dispuesta a mostrar lo que en realidad sentía.

El recién llegado tomó su mano, pero en lugar de estrechársela le dio la vuelta y se la llevó a los labios, rozándola apenas, pero dándole al gesto una intimidación que ella deseaba evitar.

Su estómago se contrajo con más violencia que cuando lo había visto, por lo que retiró la mano a toda prisa y compuso una expresión neutral.

—Anthea Park, me alegro mucho de volver a verte. Estás tan preciosa como siempre —la saludó él con una sonrisa que prácticamente hizo desaparecer sus brillantes ojos oscuros.

Ella respiró profundamente para controlar las náuseas que de repente se instalaron en su estómago y que pugnanaban por salir de su garganta y respondió esbozando una sonrisa de circunstancias. ¿Cómo se atrevía a llamarla preciosa? ¿Acaso estaba tratando de provocarla?

—¿Os conocéis? —preguntó sorprendido el presidente Moon.